

PECADO NEFANDO

OLALLA GARCÍA

PECADO NEFANDO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: abril de 2025

© Olalla García, 2025
© de la presente edición: Edhasa, 2025
Diputació, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6460-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 6553-2025

Impreso en España

*A Rafael y a Sandra.
A mis padres.
A todos los que luchan por defender su identidad.*

Prólogo

Ciempozuelos, septiembre de 1584

María tarda un rato en recuperar el aliento. Tiene el pecho sofocado y los ojos húmedos de estrellas.

Fuera del granero, el mundo permanece adormecido bajo un sol sofocante que deja regusto a polvo en la boca y el ánimo. Pero ahora todo eso –la casa, el patio, los campos de labor–, todo lo que conforma la vida cotidiana, parece algo lejano, casi irreal.

–Virgen santa... ¿Qué me has hecho, cirujano? Esto parece arte de brujería...

–De eso nada, Maricaño. Si acaso, eres tú la que me tiene embrujado.

Ella gira el cuello y mira a su acompañante. Nunca sabe si ese hombre, su hombre, habla en broma o de veras.

–Sabes que no me gusta que me llames así.

–Lo sé. Por eso lo hago.

María repasa con los ojos su propio cuerpo, aún jadeante, abandonado sobre las sacas de trigo nuevo: los brazos extendidos tras la cabeza, la camisa desatada, la saya parda subida hasta las caderas, la mano masculina alojada entre sus muslos.

Sabe que acaba de perder la honra, que eso debería angustiarse. Pero la emoción que ahora mismo le turba el alma queda muy lejos del remordimiento.

–Me advirtieron sobre ti, cirujano, ¿sabes? Me dijeron que desconfiara de tu acento andaluz, de tus agasajos y tus palabras de miel. Que usas de malas artes con las muchachas y así les robas el virgo.

Céspedes se echa a reír. Benditas sean las mujeres, y benditos sus cuerpos, que tantos goces procuran. Desde la cuna, a las niñas se las abrumba con la necesidad de guardar la doncellez. Pero, al mismo tiempo, se les inculca un pudor ciego que les impide comprender en qué consiste ese bien tanpreciado, cómo se conserva... y cómo se pierde.

–Maricaño, Maricaño..., no debieras prestar oído a esas patrañas. Son historias de viejas que rabian porque tienen secas las carnes y ya no pueden catar los placeres de la juventud.

–Pues esas viejas tendrán más o menos la misma edad que cierto cirujano que yo me conozco.

Céspedes deja escapar otra risa. Es bien sabido que los estragos del tiempo no afectan por igual a hombres y mujeres. María, por ejemplo, debe de tener unos veintidós años, mientras que él ronda los treinta y cinco.

–No temas por tu virgo, moza. Aún llegas doncella al matrimonio..., si quieres.

–¿Llegar al matrimonio? ¿Es una propuesta, señor cirujano? Mira que mi padre no ha de tomarse este asunto a chanza. Tiene su garrote y su buena horca de fresno. Y sabe cómo usarlos cuando es menester.

María pronuncia estas palabras en tono jocoso. Acostumbra a tratar así incluso los asuntos más graves. Ésa es una de las muchas razones que lo han llevado a prendarse de ella.

No tiene sentido negarlo. El cirujano Céspedes miente a los demás, a todos. Pero no a sí mismo. Se hizo esa promesa mucho tiempo atrás. Por eso admite, por mucho que le duela, que está atado sin remedio a esta muchacha de fa-

milia labradora; a María del Caño, arrolladora y sincera, de carnes recias, ojos resplandecientes y lengua suelta.

—Ya sabemos lo que dirán las gentes —continúa ella—: que valiente pago dio Céspedes al bueno de Francisco del Caño, que le hizo la merced de acogerlo en su casa cuando llegó sin fuerzas, enfermo y necesitado de cuidados. Tanto es así que puso a su hija a atenderlo. ¿Y cómo respondió él?

—Como lo haría un hombre cualquiera.

—No, cirujano, la cosa no es así. Se puede ser un cualquiera o se puede ser un hombre.

Céspedes vuelve a reír. Dios sabe que no puede apartar la vista de ella. Tampoco desea hacerlo.

—¿De veras? ¿Y qué soy yo, lo uno o lo otro?

—Eso está por ver. Porque parece que los varones están empeñados en presumir de su fuerza y su testarudez. Así las cosas, tampoco habría gran diferencia entre un hombre y un mulo. Y, para mí, que es de más utilidad el segundo que el primero.

A María no le falta razón, pero eso no implica que él esté dispuesto a admitirlo.

—Y, en tu experta opinión, ¿a qué debiera parecerse un hombre, entonces? Déjame adivinarlo... ¿A un lobo? ¿A un semental? ¿A un toro?

Ella se toma un instante antes de responder. Observa las tablas del techo con esa mirada suya que siempre parece buscar algo más alto, más lejano.

—A un nogal. Hermoso y fuerte, de raíces recias y bien agarradas al terreno, a su hogar. Da madera dura, sombra espesa en el calor del verano, frutos sabrosos cuando se acerca el frío...

—Y los mozos lo varean para arrancarle las nueces.

—¿Y qué, señor cirujano? ¿No puede vuestra merced aguantar unos pocos varazos?

De cierto, Céspedes puede soportar eso y mucho más. A lo largo de su vida ha sufrido heridas profundas, de las

que dejan cicatrices en el cuerpo y en el alma. Y todas son visibles, aunque ella aún no las haya detectado.

—Por ti, María del Caño, estoy dispuesto a ser un roble. Y, si te pones, incluso un alcornoque. Siempre que te quedes a mi lado hasta que me llegue el último invierno.

Esta vez, es ella quien se echa a reír. Por supuesto, no es consciente de lo que esa declaración implica.

Pero Céspedes, sí. Eso le provoca un gozo intenso y, a la vez, un profundo temor. Sólo un necio abordaría un asunto tan grave con palabras tan insensatas. Algo en su interior le advierte que con ellas puede estar llamando a las puertas del infierno.

—¿Y serías mi alcornoque ante Dios y ante los hombres?

—Ante Dios y ante los hombres.

Nunca antes ha prometido matrimonio a una mujer. Razones hay para eso. Pero, cueste lo que cueste, tiene intención de cumplir con la palabra dada. O, al menos, de intentarlo, pues tal vez esa promesa le exija un precio que ningún ser humano puede permitirse.

María sonríe. El gesto trae consigo olor a primavera, a flores de almendro y a tierra recién llovida.

—Ay, cirujano, benditos sean los cielos. Y bendito el camino que te ha traído hasta mí.

Ese camino no ha resultado nada fácil, qué duda cabe. Ha tenido que luchar sin descanso contra el mundo. Aunque María lo ignora, igual que el resto. Nadie, excepto él, conoce ese periplo largo y doloroso que lo ha llevado a convertirse de una niña esclava, sin nombre ni padre conocido, en el cirujano Eleno de Céspedes.

**PRIMEROS PASOS
(1545-1561)**

I

La niña ha nacido en Alhama, un pueblecito cercano a Granada que parece estar más cerca del cielo que ningún otro lugar. Por eso le gusta levantar la mano hacia las nubes y pensar que, cuando crezca más, podrá llegar a tocarlas. Alhama, encaramada en la sierra, pequeña pero desafiante.

—Igual que tú —le dice su madre—. Y eso no es cosa que convenga a una esclava.

Tal vez por eso la niña no tiene nombre ni nadie se ha cuidado de darle uno. La llaman «la Mulata». Y ella siente que le falta algo, algo muy importante; y que, mientras no lo tenga, no sabrá realmente quién es. También intuye que es algo que tendrá que descubrir —y conquistar— por sí misma, porque nadie va a entregárselo de buen grado.

Su madre también es esclava, aunque no nació como tal. Proviene de tierras lejanas, más allá del mar, pero no le gusta hablar de su infancia ni mentar el nombre que le dieron entonces. Recibió el que ahora lleva, Francisca, al ser bautizada, ya en tierras cristianas. Luego tomó, según la costumbre, el apellido de su amo, Benito Medina.

A la niña le fascina la piel de su madre, tersa y brillante, como de berenjena; los pañuelos de colores vibrantes con los que mantiene domado el pelo hirsuto; sus lar-

gos dedos oscuros, de uñas pálidas, que nunca descansan. Quisiera que esas manos acudieran a veces a ocuparse de ella, una caricia, un gesto, algo..., pero Francisca de Medina no ofrece atenciones a su hija. Siempre parece demasiado ocupada. Además, el señor la requiere con frecuencia para atender ciertos «asuntos privados». Cuando ella regresa de esos encuentros, muestra el gesto cansado y los ojos tristes.

—Madre, ¿por qué estáis tan apenada? —le pregunta la pequeña en cierta ocasión.

Desearía poder hacer algo, lo que fuera, para animarla y dibujar en ese rostro una de esas sonrisas tan infrecuentes, tan hermosas. En las raras veces en que Francisca de Medina sonríe, aporta luz al corazón de quien la mira.

Están en el patio de la cocina. La madre machaca almendras en el mortero. La niña se encarga de pelarlas y, de vez en cuando, se lleva alguna a la boca y la mastica rápido, cuidando de que nadie la vea.

—¿Apenada? No lo estoy, chiquilla —replica Francisca sin levantar los ojos de su tarea—. Al contrario, no tengo motivos de queja. El señor me da buen trato porque me tiene afición.

Aquel razonamiento, en lugar de aclarar el asunto, suscita mil y una cuestiones en la pequeña.

—Pero, si tanta afición os tiene, ¿no podría daros la libertad? ¿Por qué quiere que sigáis siendo esclava?

—Los hombres son así. Cuando se encaprichan de una mujer, prefieren tenerla encadenada. —Francisca suspira—. Más te vale aceptarlo, porque a ti te aguarda el mismo destino.

Pero la niña no queda satisfecha con ese tipo de respuestas. Ni las entiende ni las acepta, así que vuelve a la carga una y otra vez.

—Pero ¿por qué tenemos que esperar a que el señor nos libere, a ver? ¿Por qué no podemos hacerlo nosotras?

Ahora sí. La negra Francisca interrumpe su tarea, sobresaltada. Dirige a su hija una mirada llena de miedo y reproche.

–¡Virgen santa! ¡No digas esas cosas! Si alguien te oye-
ra... –baja la voz–. ¿Tú sabes el castigo que espera a los es-
clavos que se fugan?

La niña niega, sobrecogida.

–Si los descubren, les marcan las mejillas con hierros al rojo. Igual que al ganado, ¿lo entiendes?, para que así todo el mundo reconozca lo que son y los apaleen como a bestias si intentan volver a escaparse.

La pequeña queda en silencio. Dentro de ella, algo se revuelve. Un temor con regusto a hiel se le agarra a las entrañas.

–¿Lo entiendes ahora? –insiste Francisca. Sigue hablando en susurros.

La pequeña traga saliva con dificultad. Asiente con la cabeza.

–Lo entiendo –confirma, en el mismo tono de voz–. Hay que escapar sin que te descubran.

No hay caso. Por mucho que Francisca insista en que su hija debe «aceptar la realidad» y «ocupar su lugar», la chiquilla parece obstinada en lo contrario. Es una niña curiosa, siempre deseosa de aprender, de trotar por las calles. Se escapa de la casa en cuanto ve la ocasión y nunca regresa por propia voluntad. Son los vecinos quienes la agarran y la traen de vuelta. Todos la reconocen, pues no hay otra mulata en esas tierras, y están convencidos de saber cuál es el lugar que le corresponde.

–¡Diantre de cría! –protesta más de uno al encontrá-
sela zascandileando por las calles o los campos de labor–. Con una buena vara te daba yo, a ver si aprendes a quedarte en tu sitio.

Y ella se pregunta por qué nadie entiende que «su sitio» no está en la casa de don Benito, barriendo y fregando

los suelos, haciendo la colada, trayendo agua del pozo. Su verdadero sitio está en el mundo de afuera, con el viento y el pelo despeinado en la cara, cerca de las nubes y el cielo.

* * *

–Esa desgraciada..., si no es más que una sucia esclava. ¿Por qué no se comporta como le corresponde, eh? Debiera sentirse agradecida de que mi padre la tenga en una casa como la nuestra. En lugar de eso, ¿qué hace? Ponernos en ridículo a todos. ¡Válgame! Mira que andar así, como una perra callejera...

Anita, la hija menor del señor Benito, no oculta su enojo. Está convencida de que la condenada mulata –esa criatura salvaje, esa infiel– desluce la fama de los Medina, uno de los linajes más ilustres de la región. Seguro que los pueblerinos, que tanto respeto muestran a la familia en público, se mofan de ella en privado. Y todo por culpa de esa desvergonzada.

No alberga quejas sobre Francisca, claro que no, porque ella sí sabe bajar la testuz y portarse con mansedumbre. También es más negra, tanto como la brea; un detalle importante, pues está de moda que las grandes familias compren esclavos de ese color. Cuanto más oscura la piel, mayor signo de distinción. De ahí que resulten tan caros.

La mulata, sin embargo, tiene un color de agua sucia que recuerda más a los infieles monfíes, esos bandoleros moriscos que rondan por las sierras y asaltan a las gentes de bien, arrebatándoles las riquezas y la vida.

–A ver, ¿qué hay que hacer para que esa malcriada aprenda cuál es su lugar? –insiste Anita–. Tan difícil no será, digo yo.

Está bordando uno de los pañuelos que formarán parte de su ajuar. Tiene trece años y espera no tardar mucho en casarse. Máximo, a los quince o dieciséis. La acom-

paña su vieja ama, que jamás se separa de su lado. Una hija de buena familia nunca debe quedarse a solas, pues eso la expondría a las malas lenguas.

–¡Ay, señora, cuánta razón tenéis! –concede la anciana–. ¡Qué cruz os ha tocado con esa chiquilla! No hay forma de meterla en vereda.

–Eso con una buena tunda se arregla. ¿Por qué nadie agarra un palo y sacude a esa desgraciada como Dios manda?

La sirvienta carraspea, incómoda ante la pregunta.

–Ya sabéis la razón... Vuestra señora madre...

–Esa mujer no es mi madre.

La suya murió de fiebres después de traerla al mundo, y no le cabe duda de que está en los cielos, pues todos afirman que era una santa. Más tarde, su padre volvió a casarse con doña Elena de Céspedes, porque siempre debe haber una mujer para llevar la casa y cuidar a los hijos. Y también porque la novia traía su buena dote.

Pero no es su madre, ni la de nadie, ya que no ha sido capaz de quedarse encinta. Tal vez tenga algo que ver el hecho de que, en lugar de elegir a una moza, su padre prefirió a una mujer ya vieja, cercana a los treinta, Dios sabrá por qué. Y, además, débil y enfermiza. Tanto así que se pasa buena parte del tiempo encamada.

Para colmo, su madrastra parece haberse encariñado con la mulata. La malcría, la trata con tanto mimo como si fuera una perrita faldera de pura raza, cuando lo cierto es que no pasa de chucho callejero.

Por no tener, no tiene siquiera padre conocido. La negra Francisca llegó a la casa ya preñada, váyase a saber de quién. Su padre siempre se jacta de que hizo buen negocio con ella, pues así consiguió dos esclavas por el precio de una.

* * *

Doña Elena de Céspedes ha ordenado que le traigan a la niña. Hoy tampoco puede levantarse de la cama. El pecho le duele más que de costumbre. La compañía de esa pequeña mulata, que desprende el vigor y la energía que a ella le faltan, le proporciona mayor alivio que cualquier preparado del boticario.

–Acércate –la invita en cuanto ambas se quedan a solas–, ¿has encontrado algo?

–Claro, señora. –La chiquilla rebusca por dentro de su camisa–. Esto de aquí.

Tiende a la convaleciente una concha de caracol, que ésta repasa con las yemas de los dedos, amagando una sonrisa.

–¿Os gusta?

–Sí, mucho. ¿Dónde la has encontrado?

–En el huerto. Perico me ha dado voces porque dice que le he pisado los nabos, pero ya estaban así de antes. Os lo juro.

–No jures, criatura. O, si lo haces, que nadie te oiga. –Le devuelve el regalo–. Anda, guárdala con lo demás. Ya sabes dónde.

La chiquilla abre el arcón pequeño, rebusca bajo la ropa y extrae algo envuelto en un pañuelo. Lo desata con cuidado para revelar una pequeña arqueta de madera y latón. Allí atesoran los objetos que la niña va trayendo; mejor dicho, los que no se deterioran con el paso del tiempo. La llaman la «caja de memorias».

A doña Elena le maravilla que la pequeña siempre encuentre algo distinto, dependiendo de lo lejos que la lleven sus andanzas: flores del campo, hojas caídas, alguna fruta, una piedra curiosa, papeles de envolver tirados al suelo, una cinta perdida.

–¿De verdad que tener ahí estas cosas os hace sentir mejor?

–Sí, por cierto. Ahora me noto un poco menos enferma, gracias a ti.

–Entonces, tened por seguro que siempre encontraré algo que traeros.

Allá afuera hay todo un mundo por explorar. Sin duda encierra peligros, pero también maravillas y riquezas. Aunque éstas sólo están disponibles para quien se arriesga a salir a buscarlas.

II

Conforme avanza la primavera, el mundo renace y las horas de sol se alargan. Pero la señora Elena de Céspedes siente que sus días se van acortando más y más. No le queda mucho, lo presiente. Y hay algo que necesita hacer mientras aún disponga de tiempo. Así que hoy, con la espalda hundida en los almohadones del lecho, comenta a la niña:

–Me gustaría hacerte un regalo, algo que se quede contigo cuando yo ya no esté. Dime, ¿no hay nada que quieras y que yo pueda darte?

La chiquilla abre mucho los ojos y la boca. Al principio, cree haber entendido mal. En sus siete años de vida, es la primera vez que le preguntan algo semejante. Su madre le ha enseñado que no debe esperar nada de nadie.

Pero la señora Elena de Céspedes tiene algo que la hace diferente, aunque la niña no sepa explicarse cómo ni qué. Se le antoja que esa mujer, siempre tendida en su cama, desprende algo así como una tibieza y una luz que no se notan en los ojos ni en las manos, sino en el corazón. Aunque sea una luz triste, como la de un ángel con las alas rotas.

–Yo... Os lo agradezco, señora, mucho –responde, al fin en un hilo de voz–. Pero es que..., bueno..., no se me ocurre nada.

Baja la cabeza, como si eso la avergonzara. Muestra un aspecto absolutamente desvalido. Ahora es su interlocutora quien la mira estupefacta.

—¿Cómo puede ser eso, criatura? Me cuesta creerlo. ¿No hay nada que desees mucho y que ahora no tengas?

—Sí, claro que sí, señora. Pero es que... no son cosas que vos podáis darme..., si no os molesta que os lo diga.

La señora Elena de Céspedes niega con la cabeza. ¿Cómo podría sentirse agraviada, si la niña ha pronunciado esas palabras con todo candor, con tanta naturalidad y franqueza? La respuesta la lleva a sospechar que la criatura sí tiene anhelos; pero que no se trata de simples minucias, sino de cosas graves e importantes. Intuye que la pequeña apunta alto, muy alto.

—Bueno, tal vez tengas razón. Pero no lo sabremos hasta que me expliques...

Un ataque de tos le impide seguir hablando. Estos accesos resultan cada vez más frecuentes. Se limpia los labios con el pañuelo y se toma unos instantes para recuperar el aliento.

—Mira, no digo que las cosas resulten sencillas, pero sí que tendemos a complicarlas aún más. El caso es que, hasta que yo no sepa qué es lo que quieres, ten por seguro que no podré ayudarte.

La niña se encoge aún más sobre sí misma. Confesar sus secretos le resulta de lo más vergonzoso. Aún peor: siente que, mientras nadie más los sepa, seguirá protegida; pero revelarlos es como invitar a que alguien pueda dañarla en lo más profundo.

—Yo sólo quiero... —con gran esfuerzo, logra vencer la presión que le atenaza la garganta y concluye, entrecortada—: Yo sólo quiero saber cómo soy... y cuál es mi lugar.

Lanza algo parecido a un sollozo. Después, rotos los diques, brota una riada de palabras atropelladas.

–Es que todos lo saben, menos yo... Quiero decir, tienen muy claro quién es la mulata y dónde tiene que quedarse, y qué ha de pensar, decir y hacer... ¡Válgame! Que yo no soy como ellos se creen, ni quiero...

Se sorbe la nariz, incapaz de expresarse con más claridad. Resulta obvio lo perdida que se siente. No sabe cómo explicar que desea con todas sus fuerzas formar parte del mundo que la rodea. Pero parece que todos se niegan a aceptarla tal y como es, e insisten en que debe cambiar, aunque ella no quiera. Es muy niña aún para entender que quienes nacen diferentes están condenados al rechazo.

–Y, si no eres como ellos dicen, ¿cómo eres, entonces?

–¡Ay, señora, ahí está el problema! –Levanta los brazos y los vuelve a dejar caer, en un gesto de impotencia–. Es que no lo sé.

–¿Y qué necesitarías para saberlo?

La pequeña baja la mirada y se rasca la oreja.

–Pues..., quizá..., tener claro de dónde vengo. Si supiera quién es mi padre...

La señora suspira para sí. La chiquilla estaba en lo cierto: ella no puede ayudarla.

–Ya veo... Y tu madre ¿qué dice al respecto?

–Que no necesito padre ninguno, porque soy una esclava y tampoco me sirve de nada tenerlo.

Doña Elena cierra los ojos y apoya la frente sobre las manos. Le faltan las palabras y el ánimo. Tal vez por eso tarda un rato en responder.

–Puede que tu madre no ande tan errada. Quiero decir que, para entender quién eres de verdad, no importa tanto de dónde vienes, sino a dónde vas.

–No, señora, que la cosa va al revés. –La pequeña frunce el ceño–. Todo el mundo lo dice. Lo importante es cómo naces, y dónde, y de quién. Y de ahí se sigue lo demás: por dónde vas y adónde puedes llegar.

Doña Elena tuerce la boca. Cierto, todos repiten esa idea. No sólo eso: la creen, la veneran, se aferran a ella, la defienden con la espada y la cruz; la importancia de la cuna, de la herencia, de la pureza de sangre. Tanto así que se ha convertido en uno de los cimientos del reino y la cristiandad. Aunque, de vez en cuando, se dan casos extraordinarios que demuestran que esos fundamentos no resultan del todo inamovibles.

–Siéntate, criatura, quiero contarte una historia. –Doña Elena extiende la mano, invitando a la niña a acomodarse a los pies de su cama–. Trata sobre un niño que nació esclavo, de madre negra, sin padre conocido. ¿Has oído hablar de Juan Latino?

La chiquilla niega con la cabeza.

–Pues verás: ese Juan al que he mentado vive en la ciudad de Granada, no muy lejos de aquí. Ahora es un hombre principal, famoso y respetado por muchos. Pero no nació en alta cuna, todo lo contrario: quisieron los cielos que viniera al mundo como un simple esclavo, al que todos llamaban «el Negro Juan».

Nació en África, y luego, para su fortuna, fue criado en casa del conde de Cabra y la duquesa de Sessa, que le dio su apellido y lo puso al servicio de su hijo Gonzalo, el heredero de la familia. Ambos niños tenían casi la misma edad. Entre ellos se forjó un vínculo casi fraternal, pese al abismo que los separaba: uno estaba destinado a convertirse en grande de España, mientras que el otro no pasaba de ser un mero esclavo.

–Como don Gonzalo insistiera en tenerlo siempre a su lado –continúa la señora–, el Negro Juan gozó de la misma educación que su joven señor; primero, acompañándolo en las clases que recibía de sus preceptores, y luego, escoltándolo a la Universidad de Granada.

Allí tenía que resignarse a oír las lecciones desde la puerta, pues, por su condición, no le estaba permitido in-

gresar en las aulas. Pese a tales dificultades, el muchacho, haciendo gala de una inteligencia y un talento excepcionales, acabó consiguiendo el título de bachiller.

Gracias a su valía, Juan Latino ha acabado ganándose la libertad. No sólo eso, sino que ha logrado alcanzar el más alto estado que cualquiera pueda desear: se ha casado con la hija de un veinticuatro granadino, con lo que ha entrado en las filas de la nobleza.

Una narración como ésa podría conmover el corazón de cualquiera. La chiquilla la ha escuchado con el ánimo encandilado y la boca abierta. Queda conmocionada, aunque sólo tiene siete años y aún no es capaz de explicarse el porqué. No comprende que ciertas historias tienen el poder de inspirar grandes transformaciones, de derrumbar pilares que parecen indestructibles.

Con el paso del tiempo, entenderá por qué la vida del Negro Juan posee esa fuerza devastadora. Él venció todo tipo de dificultades para demostrar que ni la cuna ni el color de la piel impiden conseguir conocimiento ni ganar celebridad, admiración y respeto. Trae consigo la revelación de que, en ocasiones, la justicia se conquista quebrando las leyes establecidas; de que el espíritu no puede aprisionarse y las barreras que el mundo levanta para intentar detenernos pueden llegar a romperse bajo el empuje de la propia valía.

Pero, de momento, ella sólo siente que en esta narración hay algo que la remueve por dentro.

—¿Sabéis, señora? —dice al fin, tras un largo silencio—. Estoy pensando que ese Juan Latino tenía una cosa que yo no tengo, y que me ayudaría...

—¿A qué te refieres?

A la niña se le enrojecen las mejillas al responder:

—A un nombre. Porque luego habrá quien lo llame el Negro, o Latino, o De Sessa, pero él siempre sigue siendo Juan, ¿me entendéis? —La señora asiente—. Sigue siendo el

mismo..., y él mismo. Por eso creo que un nombre es muy muuuy importante. Pero yo ni quisiera tengo uno.

Siempre le ha molestado que se dirijan a ella como «la mulata», y, en el mejor de los casos, porque ciertas personas le dedican apelativos mucho más desdeñosos. Pero nunca antes había sido del todo consciente de hasta qué punto eso la humilla y la hiere.

–Quiero tener un nombre, señora. Uno que me pertenezca de verdad y que nadie pueda quitarme.

La mujer amaga una sonrisa.

–Eso tiene arreglo. Yo te regalo el mío.

Intuye que, al fin y al cabo, no ha de seguir usándolo mucho tiempo. Y le hace feliz, muy feliz, dejárselo a esta criatura. Por alguna razón, está convencida de que la niña sabrá hacer buen uso de él.

–Elena de Céspedes...

La chiquilla lo repite, en voz baja. Parece encantada. Está más erguida, le brillan los ojos y ya no le tiembla la voz.

–Por supuesto, habrá que bautizarte.

Nadie se ha cuidado nunca de que la pequeña reciba el santo sacramento. Ya es hora de traerla al redil del Buen Pastor, para que así Él pueda acompañarla en su camino. Pero no es ése el único proyecto del que la señora planea ocuparse en el tiempo que le queda.

–Y hay otra cosa: tendremos que enseñarte a leer y escribir. Como demuestra la historia de Juan Latino, las letras enriquecen a la persona, le abren caminos nuevos.

A este respecto, la chiquilla no se muestra muy convencida.

–Y eso, ¿para qué?

–Porque quien sabe leer y escribir va más allá con sus pensamientos. Y por eso puede llegar más lejos.

Llegar más lejos... ¿Es eso posible? A la niña siempre le repiten que debe agachar la cabeza, obedecer, conformarse con lo que tiene. Que los cielos asignan a cada uno

su lugar, el que recibe por nacimiento, y que intentar cambiar ese estado de cosas supone un pecado, porque contraría la voluntad del Creador.

Pero ahora la señora parece tan segura de cuanto dice... Y la chiquilla empieza a creer que tal vez sea cierto, que tal vez sí se pueda conseguir una vida distinta, como ella siempre ha soñado.

Si hay alguna posibilidad de lograrlo, por mínima que sea, debe intentarlo con todas sus fuerzas.

—Pues, digo yo... —carraspea— que, si se trata de ir más lejos, no ayuda nada eso de ser esclava.

La señora dirige la mirada hacia la ventana, por donde se filtra la última luz del día. Nada le agradecería más que conceder la libertad a esa chiquilla que tanto la merece. Pero no depende de ella.

Tendrá que plantear el tema a su esposo, y prevé que no será una conversación sencilla. Benito se enorgullece de acumular todo tipo de posesiones: esclavos, caballos, perros de caza, animales de granja, olivares, campos de labor. No está dispuesto a desprenderse de ninguno de ellos.

Aun así, ella sabe mostrarse insistente. Incluso está dispuesta a costear la manumisión de la niña con su propia dote. Recurrirá a un letrado, de ser preciso, aunque espera no tener que llegar a ese extremo. Benito es codicioso, como tantos otros hombres principales, pero no mezquino. Y también se enorgullece de actuar como un buen cristiano. Sabe de sobra que los cielos no le perdonarían que se negara en redondo al último deseo de una esposa moribunda.

—Confíemos este asunto a la misericordia del señor. Él proveerá.

La niña parece confundida ante sus palabras.

—¿Os referís al señor Benito o al Señor Padre que está en los cielos?

Su interlocutora se sonríe ante la pregunta.

—A los dos, criatura. A los dos.